PALACIEGOS

JESÚS VALBUENA BLANCO

Prólogo de Juan Carlos Ballesteros Cudero

Durii

A los periodistas locales que conocí,
que fueron muchos y buenos

«Me gusta la gente que duda.
No soporto a aquellos que lo tienen todo claro»

RAMÓN LOBO

«El periodismo es el mejor oficio del mundo»

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

«Escribir para comer ni es escribir ni es comer». Mariano José de Larra denunció las miserias de la sociedad en la que le tocó vivir y a los 27 años se pegó un tiro en la sien.

Desapareció, al igual que hoy han desaparecido de la faz de los ayuntamientos todos esos «plumillas» que, como Gaby Piqué, se empeñaban a diario en hacer un tipo de periodismo que vivió su auge allá por los 90 y durante la primera década del siglo XXI hasta que las redes sociales, los gabinetes de prensa y la penúltima crisis económica lo diezmaron hasta la irrelevancia.

Era éste un tipo de periodismo ejercido por profesionales de buen olfato y mejores fuentes para resolver asuntos turbios, seres soñadores, atormentados, bebedores y fumadores, aventureros, tocapelotas del poder, descreídos y amigos de todos y de nadie, incorruptibles a su manera, que siempre iban con dos bolígrafos y una libreta, una grabadora en la mano y una pequeña cámara de fotos por si acaso.

Con un buen listín telefónico, mucho ingenio, poco dinero, hambre de gloria y un amor sinfín por las palabras, estos periodistas locales eran emuladores de Bernstein y Woodward, porque en sus ciudades, ¡extra-extra!, el Watergate estaba detrás de una recalificación de terrenos para la construcción de un macrocentro comercial rodeado de 18 hoyos.

Desde sus semanarios, disparaban contra los gobiernos y pronto se las vieron con los incipientes gabinetes de prensa de las instituciones. ¿Gabinetes de qué? A los ojos de los Piqué, la Prensa estaba en el lado correcto de la trinchera y los periodistas que saltaban la barrera para convertirse en voceros de los políticos eran, simplemente, unos traidores de la profesión.

Pero la proporción de profesionales cambió súbitamente y, en un par de décadas, los gabinetes se armaron con redactores, diseñadores, fotógrafos…, información de primera mano, dosificada y privilegiada, y la prensa «libre», diezmada, se hizo más y más dependiente de la publicidad institucional.

Internet, la crisis de 2008 y, por si quedaba alguno, la pandemia de 2020 terminó de dar la puntilla a los pocos supervivientes del naufragio sufrido a gran escala por los periódicos locales dignos de llamarse Prensa.

Pero el periodismo siempre será una profesión necesaria. Pensada para ser crítica con el poder, para mantenerse firme en los hechos, para describir las cosas con precisión y rigor, para enfatizar y analizar la realidad, ofreciendo así información y conocimiento.

Y eso será así, aunque el profesional del whisky y máquina de escribir descanse en paz en el arqueológico o, en su defecto, reviva de una forma tan cautivadora como lo hace aquí, en Palaciegos, de la mano de Jesús Valbuena Blanco, nuestro amado «Chechu», conocedor del oficio en ambos lados de la barrera.

Con su novela, Chechu no sólo nos regala una obra del género negro y el buen suspense, sino que también nos ofrece una estampa precisa de su querido Aranjuez, «con su plaza de toros, su mercado de abastos, su banda municipal», como el maestro Sabina nos pinta el Madrid de posguerra en sus magníficas canciones «Yo me bajo en Atocha» o «De purísima y oro».

Es Aranjuez, en el relato, una ciudad innombrada, pero reconocible, vencida por el pesimismo entre los «palacegatos»; una ciudad que aún no sabe si va o si viene. Y en eso difiere, clarísimamente, de su cronista Gaby Piqué, que se sabe el último de su estirpe y se lanza de cabeza a su autodestrucción.

Pero ojalá, quién sabe, si después de la lectura del libro, ocurra lo mismo que vivimos durante el coronavirus, cuando brotaron milagrosas plantas verdes entre las losetas grises de las ciudades desiertas.

Quién sabe si mañana ese periodismo necesario y combativo revive para enseñarnos un viernes más sus dientes, aunque sean ya sin amarillear por la nicotina ni castigados por el alcohol. Un periodismo de dichosos que no se vean forzados a escribir para comer, pero que, siendo de raza, puedan decir con orgullo que uno es periodista hasta que se muere.

¡Pónganse cómodos, sírvanse una buena bebida… y disfruten de Palaciegos!

JUAN CARLOS BALLESTEROS CUDERO

1

Las últimas paladas de tierra que caían sobre la caja de madera dejaban atrás otra etapa de la vida de Gaby Piqué. El viento helado soplaba entre los panteones y las sepulturas, derribando incluso algún jarrón adornado con flores de tela. Antes de que los operarios sellaran los rasillones con cemento fresco, Piqué arrojó un último clavel a aquel foso oscuro. Pensó en que ya no había nada que lo sujetara para siempre a Palaciegos. Sin embargo, cuando Vanesa lo agarró del brazo y le clavó sus dedos finos como agujas de coser, comprendió que quedaba algún lazo por deshacer antes de poner tierra de por medio.

Su madre se había apagado después de los achaques que, una década después, habían supuesto un profundo deterioro en su estado de salud. Lo era incluso para una mujer de ochenta y nueve años, tal y como le habían explicado los médicos varias veces. La diabetes la había dejado prácticamente ciega. Después vinieron la disfunción renal y la diálisis, y un ictus que la postró para siempre en una silla de ruedas. Luego apareció el Alzheimer, que la mantuvo tres años en posición fetal, echada en una cama, ajena a cualquier estímulo. Piqué la visitaba en la residencia cada mañana de domingo. Le llevaba un frasco de colonia fresca y un ramito de margaritas que colocaba en una jarra con agua en la mesilla de noche. También llevaba una bandejita de pasteles de La Madrileña y los repartía entre las enfermeras y las auxiliares, que preparaban café en el *office* mientras lo recibían entre aplausos y vítores.

Había muerto en la tarde del jueves veinticinco de febrero de 2027, mientras Piqué andaba a lo suyo, tomando copas en el garito más turbio de aquella ciudad en la que tan solo se respiraba derrota. A la cuarta copa, fue Cinta, la camarera, quien le puso en alerta. «Te están llamando al móvil», Gaby, le dijo, señalando con el dedo la pantalla iluminada del teléfono, abandonado a un lado de aquella barra pegajosa. A trompicones, Piqué llegó al retrete y respondió a la llamada.

—Es cuestión de horas, señor Piqué. La neumonía parece irreversible, una ambulancia viene de camino para llevarla al hos-

pital —la directora de la residencia hablaba pausada, tratando de transmitir la idea de que la madre de Piqué se estaba despidiendo sin un sufrimiento excesivo—. Me temo que doña Mercedes no pasa de esta madrugada.

Cuando colgó, se guardó el móvil en el bolsillo interno de la americana y se lavó la cara con agua fría para mirarse después en el espejo roto del baño. La borrachera pareció disiparse por un momento, recuperó algo de lucidez y pudo huir del espejismo en que lo sumían siempre los excesos del alcohol. No, ya no estaba con Francis, su compañero de mil batallas desde sus tiempos en la facultad de Periodismo. Y no, no habían cerrado un nuevo número de *La hora de Palaciegos*, porque aquel semanario era un pasaje más de la memoria reciente de una ciudad construida sobre el borde de un precipicio.

Las copas eran el pan nuestro de cada jueves, después del cierre, en aquel bar de paredes forradas con discos de vinilo y en el que la música sonaba siempre a todo volumen. Francis y él celebraban cada nuevo número como si fuera el primero, conscientes de lo efímera que es la vida de una revista. «Fíjate», solía decirle a Francis abrazándole por los hombros y echándole el aliento a la cara: «esta noche arde el ayuntamiento y el número de mañana ya nace muerto». El otro reía y pedía otra copa y luego otra y otra más para terminar después sentados en el bordillo de una calle iluminada tan solo por los faros de los coches.

—Algún día daremos un pelotazo, hazme caso. —Piqué masticaba las palabras, la baba se le escapaba por la comisura de los labios—. Y no habrá quien nos pare, Francis. ¡No habrá quien nos pare! —sentenciaba agitando en el aire el brazo derecho.

Y, de alguna manera, acertó en su pronóstico, porque el semanario llevaba muerto seis años y, desde entonces, Piqué no levantaba cabeza. Francis sí, Francis se largó a la capital, metió la cabeza en una productora de televisión y fue encadenando contratos hasta que le hicieron director ejecutivo de la compañía. Ahora tenía un despacho en la planta noble de un bloque de oficinas, con asientos de cuero y varias pantallas de plasma en las que visionaba los nuevos programas que elaboraban en su compañía. Un pelotazo, al fin y al cabo.

Ya en la calle, Piqué se paró en seco y comprobó que estaba en condiciones de conducir. Al menos, de meter la llave en el coche y de encender el motor de su viejo Hyundai. Tardó siete minutos en llegar a la residencia, pero en su cabeza le habían parecido treinta. De forma inconsciente, se había saltado dos discos en rojo. Al entrar en el aparcamiento, vio como la ambulancia arrancaba desde la puerta de la enfermería del asilo, un viejo convento de jesuitas que había sido morada real en el siglo XIX. Como el resto de Palaciegos, hoy no era más que un almacén de vidas agotadas, que se apagaban como las luces del salón cuando se acaba el baile. Piqué no se bajó del coche e hizo el trayecto al hospital iluminado por la luz ámbar de la ambulancia. El ruido de la sirena le martilleaba el cerebro, abotargado aún por el *whisky* con cola.

El gesto de los sanitarios, cuando le vieron acercarse a la parte trasera de la ambulancia, mientras bajaban con cuidado la camilla, lo dijo todo: había fallecido en el trayecto de la residencia al hospital. Aunque trató de contenerse, Piqué notó primero que se le humedecían los ojos para terminar llorando como un niño pequeño al que los Reyes Magos tan solo trajeron carbón.

En la puerta del cementerio de Santa Isabel, sus amigos y las amigas de su madre, algún enemigo que otro y alguno de esos curiosos que nunca falta en los sepelios, organizaron una fila para mostrar sus condolencias al periodista. Piqué no tenía hermanos con quien compartir el duelo ni la triste herencia material que le dejaba su madre. Su padre había muerto quince años atrás, en un accidente de tráfico cuando iba bebido. Esa era otra parte del legado familiar con el que andaba lidiando más mal que bien. Un legado como otro cualquiera, se decía, cuando se levantaba por la mañana después de haber tomado unas copas de más.

Te acompaño en el sentimiento. Lo siento mucho, cualquier cosa que necesites. No somos nadie. Siempre se van los mejores. Piqué aguantaba paciente el pésame de las personas congregadas a las puertas del camposanto, en las que sobrevivían aún los charcos de las últimas lluvias. Vanesa seguía a su lado, agarrada a su brazo, tratando de consolar a un tipo que se las daba de duro y al que tan solo el sufrimiento de su madre había forzado a llorar alguna vez.

Traje oscuro, corbata negra, un abrigo largo hasta las rodillas que lo abrigaba del frío de aquel febrero invernal.

Cuando se hubo marchado la última plañidera, Vanesa lo arrastró hasta el taxi que les estaba aguardando a unos metros de allí.

—A mi casa, Flores 31—dijo ella echando el cuerpo hacia delante, para asegurarse de que el chófer la escuchaba—. ¿Cómo estás? —dijo ahora volviéndose al periodista—. Puedes quedarte en casa a descansar.

Luego le dio un beso en la mejilla. Él lo recibió con resignación y, consciente de que no iba a ser tan fácil poner tierra de por medio, de que Vanesa seguía ahí, a su lado, tratando de amarrarle a una de esas vidas tan convencionales de las que, desde joven, había huido como de la peste, rebuscó en los bolsillos de su abrigo su viejo teléfono móvil, donde descubrió tres llamadas perdidas del mismo número.

—A mí déjeme por el centro, si no le importa —dijo Piqué elevando la voz.

Ella dibujó un interrogante con la mirada.

—Tengo que pasar por el despacho a hacer una llamada —le aclaró Piqué.

Giró la cabeza hacia la ventanilla y vio reflejadas sus ojeras en el cristal. El taxi había dejado atrás la vieja azucarera y se adentraba ya en el casco urbano, de viejos edificios desconchados y poblado de árboles desnudos. Al pasar sobre un bache, un movimiento brusco sacudió el vehículo.

—¿Tan importante es esa llamada? —Vanesa exhibía un tono un tanto molesto.

—No lo sé.

Piqué se encogió de hombros y se limpió las gafas con la punta de la corbata. El taxi paró en un semáforo y el periodista abrió la portezuela del coche y se bajó aprisa, evitando así más preguntas incómodas. Vanesa bajó la ventanilla y una ráfaga violenta de aire frío se coló en el taxi. Lo observó entre compasiva y enfadada.

—Te llamo —le dijo.

Gaby Piqué estaba triste, con ganas de estar solo. Encendió un cigarrillo, se abrochó los botones del abrigo y levantó la cabeza para despedirse.

El coche arrancó con la luz verde y Piqué lo miró como quien ve marcharse el tren de su última oportunidad. Sin embargo, cuando echó a andar por la calle del Mercado, en dirección opuesta a la del taxi, pensó que quizás estaba dramatizando demasiado.